

## La razón de ser de los Ateneos: su fundamento filosófico

**Por José Luis Abellán**

La palabra “Ateneo” hace una referencia explícita a la diosa Palas Atenea, lo cual implica un doble sentido: por un lado, una invocación directa a la sabiduría en si misma como expresión de lo que esa diosa representa; por otro, a la cultura griega en que esa adoración se expresa. Sin embargo, en Grecia no existieron Ateneos tal como hoy los entendemos, salvo los templos a la diosa Minerva que así se llamaron. En Grecia existieron Academias (Platón) o Liceos (Aristóteles), pero los Ateneos como centros de cultura no se popularizaron en Europa hasta después de la Revolución francesa, cuando empezaron a proliferar para difundir los ideales de la Ilustración.

En España los Ateneos no aparecen hasta el siglo XIX y están siempre relacionados con la Ilustración, como ya lo dijo el Duque de Rivas en el discurso de apertura del Ateneo de Madrid –paradigma de los Ateneos españoles- en 1835, fundado –según sus palabras- por ciudadanos “ansiosos de promover, a la sombra de benéficas leyes, la ilustración general” (1). Estas palabras con que inicia el discurso vienen a corroborarse al final del mismo, dejándose llevar del espíritu de satisfacción que le producía el ver coronadas sus aspiraciones, después de haber atravesado el oprobio de la llamada “ominosa década”. Por eso exclama: “Instalado queda pues el Ateneo, que con la ilustración y patriótico zelo de los señores

que lo restablecen, y con las luces de los nuevos individuos, que espera admitir continuamente en su seno, dedicará sus constantes tareas á difundir las luces por todas las clases de la sociedad, y á vulgarizar los conocimientos útiles, para que así se afianzen sobre sus verdaderas bases los principios políticos, que hacen la felicidad de los pueblos, y la gloria y la preponderancia de las naciones. ¡Felices los tiempos en que es dado á los hombres el reunirse libremente para promover la ilustración de sus semejantes, y para asegurar la libertad! ¡Dichosos nosotros, los que después de haber derramado tantas lágrimas, y de haber atravesado tiempos tan calamitosos, hemos llegado á ver á nuestra patria alzar otra vez la frente del fango en que se hallaba sumergida, y proclamar de nuevo con felices presagios y con segura esperanza los nombres santos de libertad y de regeneración” (2). Estos primeros Ateneos españoles toman como modelo el Athenée de les Arts, fundado en Paris en 1792, y surgen como un desmembramiento de las Sociedades Económicas de Amigos del País; así ocurrió, por ejemplo, con el Ateneo de Madrid, que tuvo su origen en una llamada “Comisión del Ateneo” surgida en el seno de la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País. Este tipo de Ateneos proliferaron de forma especial durante los años de la Restauración borbónica; adelantados del movimiento ateneísta fueron el Ateneo catalán, de 1860, y el Ateneo Balear, de 1862; el primero se fundió con el Centro Comercial y Mercantil de Barcelona, dando lugar al Ateneo Barcelonés, en 1872, de ilustre trayectoria hasta nuestros días. Es, sin embargo, a partir de 1875, con la Restauración, como dijimos antes, cuando se van a extender por toda España: Cádiz, Sevilla, La Laguna, Mahón, Albacete, Alicante, Valencia, Cáceres, Málaga, Burgos, Gijón, Santander,....

El denominador común de todos ellos es el liberalismo, entendido como doctrina filosófico-política que exalta la libertad como principio de toda

convivencia civilizada. En los Ateneos se fomenta la libre discusión de las ideas acorde con el principio ilustrado de que “de la libre discusión nace la luz” aplicado sin cortapisas de ninguna clase; así lo dicen los Estatutos del Ateneo de Madrid, cuyo artículo 13 señala expresamente lo siguiente: “Este Reglamento reconoce y ampara el derecho de todo socio para profesar o emitir cualquier suerte de ideas políticas, religiosas y sociales, por radicales que sean u opuestas a las profesadas por los demás. En este respecto, se considera nula toda resolución asocial que pueda implicar coacción o restricción de esta plena libertad reconocida” (3).

Esta exaltación del principio de libertad viene así a constituir el caldo de cultivo en que fermenta el carácter romántico de los Ateneos. Liberalismo y romanticismo se dan de forma conjunta y mancomunada en este tipo de instituciones como sus señas de identidad más específicas, y es sin duda este doble carácter el que explica su enorme fecundidad en el medio hispánico; recordemos que los Ateneos proliferan no sólo en España, sino en toda América Latina. La independencia de esos países está estrechamente ligada a unos Ateneos en que la masonería fue principio activo de su protagonismo. Por lo demás recordemos que la masonería fue precisamente el cauce conductor del liberalismo en toda la región iberoamericana.

En cualquier caso, todos los antecedentes mencionados vienen a confirmar algo que desde largo tiempo vengo sospechando: la particular sintonía —e incluso podríamos decir, simbiosis— entre los Ateneos y el carácter hispano en su generalidad. Es un hecho que la tradición oral ha formado parte muy esencial de nuestra cultura: el protagonismo de los romances en el Medievo o del Teatro en los tiempos modernos son prueba testimonial suficiente de ello. A mayor abundamiento de lo que decimos,

recordemos que muchos de nuestros pensadores más significativos emplearon las formas orales –discursos, conferencias, proclamas- como cauce privilegiado para la expresión de su pensamiento. Todo ello cuando no fueran las propias clases del profesor las que se convirtieron en vehículos privilegiados de su ideario. Recordemos que el mismísimo Ariel, de José Enrique Rodó, es una arenga que Prospero dirige a sus alumnos en los que ve representada “a la juventud de América”; algunos de los mejores libros de Ortega y Gasset –El tema de nuestro tiempo, Unas lecciones de metafísica, En torno a Galileo, por ejemplo- fueron cursos dictados a sus alumnos universitarios; el mismo Antonio Machado cuando quiere ejercer de pensador lo hace reproduciendo el ambiente de un aula en que “Mairena habla a sus alumnos”. Como dice el propio José Gaos cuando caracteriza el pensamiento hispanoamericano, este se manifiesta con frecuencia en formas orales –la conversación o la tertulia- “donde tiene el pensador a veces sus logros más plenos”, manifestando así paralelamente una dimensión estética, vinculado a la vocación pedagógica y con frecuencia política. Una palabra bien dicha, impactante por su belleza, en el momento oportuno puede provocar la reacción deseada en el ánimo del oyente. Muy bien lo expone el gran pensador en este párrafo revelador:

“El gran conversador que es en tantos casos, y cuáles, el pensador hispanoamericano, se siente satisfecho con la ocurrencia ingeniosa y la frase feliz –hay que decir, pues, estéticamente; personalmente, con la ‘vivencia’ de la propia fuerza creadora; socialmente, con la impresión producida y percibida en el auditorio limitado y habitual –la tertulia- mucho más que con la eventual en el lector ausente, lejano en el espacio y en el tiempo, desconocido, anónimo, impersonal. Pero en otros casos su conversación sirve a una intención ética y pedagógica; directamente, individual: el moralista y educador expone sus ideas y da sus consejos en la

intimidad, al interlocutor único; más indirectamente, social: se cree que el procedimiento formará minorías operantes sobre la nación” (4). En este punto quizá convenga evocar a Francisco Giner de los Ríos cuando decía impartir el “santo sacramento de la conversación”.

Al llegar a este punto, es obligado acudir a las actitudes de fondo mantenidas por nuestro filósofo máximo, José Ortega y Gasset, cuyas consecuencias últimas no han sido todavía debidamente esclarecidas. En su momento, he puesto de manifiesto como su doctrina filosófica de la razón vital no es sólo un alto exponente de un pensamiento propio y original, sino que viene a ser una justificación epistemológica de una tradición filosófica –como la española; e hispánica, en general- donde pensamiento y literatura se dan de forma conjunta e indiscriminada. Es obvio que Costa, Ganivet, Unamuno, Ortega, son al mismo tiempo grandes escritores y grandes pensadores, como lo fueron en su tiempo Quevedo, Gracián, Feijoo, Larra, y lo han sido en Hispanoamérica, Bolívar, Martí, Sarmiento, Rodó, Vasconcelos... Gracias a ese planteamiento clarividente hemos podido escribir nosotros una “historia del pensamiento español” con coherencia y argumento propio. En esta línea están trabajando ya algunos jóvenes investigadores con notable fruto.

Hay, sin embargo, aún otro aspecto que no ha sido debidamente resaltado. Me refiero al hecho de que la filosofía de Ortega y Gasset lleva implícita una tendencia a traducirse en lenguaje hablado; y eso como consecuencia de su inicial planteamiento como una filosofía de la circunstancia. “Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo”, dice Ortega, pero esa salvación está pidiendo ya por su propio planteamiento un diálogo con la circunstancia misma. Esta frase –que aparece en su primer libro en 1914- tardará años en extraer la consecuencia

que ya hemos anticipado nosotros: “Pensar es dialogar con la circunstancia”; sólo que esta última frase no aparecerá escrita por Ortega hasta 1942, es decir, veintiochos años después.

Como toda filosofía auténtica, la orteguiana es de maduración lenta, y eso explica la diferencia de fechas que hemos señalado. Sin embargo, el germen estaba ya en la primera formulación, y en 1926 lo deja muy claro en un escrito iluminador. Ortega está reflexionando sobre un libro dedicado a la Academia platónica y le dedica una atención sumamente esclarecedora. La idea central es que la filosofía no puede sustituir al filósofo en persona, porque –dice– “la casta de los filósofos es la primera realidad de la filosofía”, y aún añade: “la filosofía, fuera y aparte de los hombres filósofos, es una abstracción, y además, un fragmento”. Señala enseguida como el gran escritor que era Platón tenía horror a escribir, y aún a los libros y, si nos preguntamos por tan absurda incongruencia, acude enseguida Ortega a respondernos: “todo buen escritor se ríe de lo que ha escrito, porque es sólo la petrificación de un momento en la fluidez inagotable del pensamiento”. Y para mayor claridad añade: “La mente, que es manantial, arrolla sus propias cristalizaciones, pasando más allá de ellas, apenas tomaron forma” (5). Por sí el ejemplo de Platón fuera poco, acude enseguida a la autoridad de Goethe, recordándonos una frase suya: “La palabra escrita es un subrogado de la palabra hablada”. Se complace entonces en evocarnos a Platón conversando con sus discípulos en el jardín de la Academia como lo haría después Aristóteles peripateando en el Liceo. Y es que la comunicación auténtica exige la presencia del hombre en su plenitud y la convivencia con otros hombres; de aquí la exigencia de perseguir una escuela: “Una fuerte filosofía crea siempre un grupo social que ha sido ordinariamente una escuela. En su circuito se opera esa transfusión de sangre del maestro a los discípulos, esa saturación de las

almas porosas de estos por el alma efusiva de aquél. Es preciso, para conocer una filosofía haberse ‘empapado de ella’ “(6).

Estamos ante una justificación filosófica de la conversación, como dejó claramente establecido en su Prologo para alemanes, cuando dice tajantemente: “La involución del libro hacía el diálogo: éste ha sido mi propósito” (7). Pero, ¿qué lugar más apropiado para el diálogo que los Ateneos?. Por eso veo yo en la doctrina orteguiana la fundamentación filosóficamente más sólida del “ateneismo”, y no se trata de un aspecto espúreo o marginal de su doctrina, sino algo que pertenece a su misma esencia y que de alguna forma practicó a lo largo de su vida; para nuestro filósofo era una necesidad vital, que se tradujo en su ininterrumpida asistencia a tertulias diversas. Una persona que le conoció bien dice: “Ortega necesitaba cada día, perentoriamente cuando menos, tres horas de tertulia, divididas entre la mañana y la tarde” (8). En efecto, a última hora de la mañana solía asistir a la Residencia de Estudiantes, donde pasaba una hora cuando menos, y por la tarde acudía a su propia tertulia de la Revista de Occidente. En cualquier caso, esa necesidad derivaba de su actitud intelectual, como señala Diez del Corral: “Por la estructura coloquial de su pensamiento precisaba Ortega del intercambio vivo y personal de ideas, cualquiera que fuese la índole de las mismas. Algunos días, la conversación resultaba fascinante, cuando asistían contertulios de fina inteligencia o de notables conocimientos en sus especialidades científicas, canteras vivas del saber que le gustaba explotar a Ortega, o, sencillamente, cuando se aportaban anécdotas divertidas o chismes del día y don José se encontraba en forma. A veces, cualquier pretexto era bueno para que se asistiese al juego estupendo de su inteligencia y de su palabra. En algunos pensadores la palabra hablada es como un paréntesis de tono menor dentro de las escritas; en el caso de Ortega se tenía, por el contrario, la impresión de que

lo escrito, con ser tan variado y tan rico, es una parte plasmada de su conversación. Cuando escribía no se esquivaba; sus páginas seguían pendientes de su singular personalidad, y quien le había oído conversar seguía escuchándole a través de la letra impresa” (9).

La omnímoda curiosidad intelectual de Ortega se satisfacía con la diversidad de temas e incitaciones que surgían en la tertulia diaria: “Si no había muchos contertulios –nos dice Diez del Corral- Ortega perseguía objetivos concretos preguntando sobre puntos particulares. Le movía su gran amabilidad y su curiosidad por todo. Un viaje, un acontecimiento familiar, un asunto académico, un artículo, cualquier trivialidad podía pasar a ocupar el centro de su interés. A veces la preocupación por un tema sobre el que estaba escribiendo o pensaba escribir, le llevaba a suponer en el interlocutor unos conocimientos superiores a los que tenía; por lo menos, tal cosa me sucedió en lo que respecta, por ejemplo, al “hombre gótico”, cuestión muy orteguiana sobre la que me preguntó insistentemente varios días, acaso porque le había dado cuenta de mis correrías catedralicias. Recuerdo también días de aburrimiento, en que Ortega estaba inhibido por el motivo que fuese de la conversación que laciamente se deslizaba entre unos pocos contertulios, pero nunca los dejó sin su presencia mientras estuvo en Madrid” (10).

Tiene mucha razón Diez del Corral cuando afirma que era su estructura intelectual de carácter dialógico la que le llevaba a buscar la conversación de los afines, y así lo corrobora el más importante de sus discípulos, José Gaos, cuando nos describe una anécdota que debió repetirse más de una vez en su convivencia con él: “En más de una ocasión, estando yo en casa en las primeras horas de la tarde –dice Gaos-, me llamaba por teléfono para decirme que iba a pasar por mí, para que nos fuésemos a algún lugar de los



alrededores de Madrid, porque me necesitaba como interlocutor –cortés eufemismo para decirme que me necesitaba como oyente-. El lugar era, por ejemplo, Galapagar, en las primeras estribaciones de la sierra. Sentados en las rocas graníticas, sombreados por alguna carrasca, aromados por los olores, todos secos, de las hierbas serranas –tomillo, cantueso, romero, las tres masculinas-, mirando a las dos llanuras castellanas, la parda y la azul, pero sin verlas, absorbidos por la conversación, absortos en ella, Ortega, que precisaba su pensamiento hablándolo, me utilizaba como el oyente perfecto –de esto voy a presumir-, el que se vuelve “postlocutor” sólo en y por aquellos momentos en que siente que el “prelocutor” necesita de una breve interrupción, sea para confirmarle, encomiarle y colmar su entusiasmo, con el que proseguir, sea para hacerle un reparo enderezado a ser superado con una invención corroborativa y precisa de lo sostenido, sea para darle el respiro indispensable a la presentación de una idea que se esquiva” (11).

Esta serie de anécdotas y la actitud intelectual que revelan quiere decir que Ortega y Gasset llevaba en su interior la esencia del “ateneísmo”: el entender la vida como una interminable conversación, materializada en las consecuentes tertulias. Y es que, si hay algo que caracteriza a la actividad de los Ateneos, es el ejercicio de la tertulia. Esta institución es la expresión más neta de la vocación hispana por la conversación; por eso allí donde hay un grupo de españoles juntos surge de forma espontánea la tertulia, es decir, fundan un Ateneo.

Este protagonismo de la conversación es lo que define a los Ateneos como especificidad propia; desde este punto de vista nada más ajeno a los Ateneos que las Academias francesas o los clubes ingleses, aunque, desde luego, los Ateneos están muchísimo más cerca de éstos que de aquellas,

como lo viene reconocer el Duque de Rivas en la inauguración del Ateneo de Madrid:

“Así que las academias y cuerpos científicos y literarios tan pomposamente instituidos y dotados por Luis XIV, aunque han derramado muchas luces, y adelantado mucho la cultura europea, no han sido, en mi juicio, tan útiles á la difusión del saber, y á la saludable propagación de los conocimientos que civilizan y mejoran la especie humana, como cualquiera de los clubs científicos y literarios, que espontáneamente han nacido en Inglaterra, á la sombra benéfica de la libertad. El producto de aquellas fueron flores cultivadas con esmero en las cerradas estufas de un régio jardín, donde halagaban el olfato y la vista de los cortesanos; el producto de estos han sido plantas lozanas y jugosas, criadas al aire abierto en los bosques de la naturaleza más que para el recreo, para utilidad de los hombres” (12). Al socaire de la pomposa retórica de la época, se viene a reconocer que el habla es la forma más natural en el ejercicio de nuestra racionalidad.

Estamos llegando al final de esta disertación sobre los Ateneos como lugar de encuentro, donde hemos explicitado su razón de ser en un fundamento filosófico que tiene su expresión más rotunda en la doctrina orteguiana de la circunstancia. Al mismo tiempo, hemos defendido la tesis de que ello responde a una vocación hispánica arraigada en el carácter propio de nuestros pueblos latinos, donde a falta de Ateneos se han improvisado los cafés con sus correspondientes tertulias. Se dice que cuando llegaron los republicanos españoles a México, tras haber sido vencidos en la guerra civil, los cafés proliferaron por toda la ciudad, y es que el español no puede vivir sin su tertulia diaria. Precisamente, en la España de la Restauración se hicieron populares numerosos cafés,

conocidos justamente por sus famosas tertulias; recordemos al Café Pombo, la Granja del Henar, el de la Montaña, donde se dice que Valle-Inclán perdió el brazo y discutió con Rubén Darío, todos ellos prototipo de la interminable conversación que fue nuestra Edad de Plata. En fechas posteriores, se hizo famoso el Cajé Gijón, el Lyon d'Or o la revista Insula, donde yo hice mis primeros pinitos literarios y conocí a muchísimos escritores de este y el otro lado del Atlántico. Y todo ello para no citar las muchas habidas en el Ateneo de Madrid, acogidas a su proverbial libertad. Reivindiquemos, pues, la importantísima función cultural de los Ateneos como lugar de encuentro, precisamente en una época donde la palabra tiende a ser sustituida por el mensaje escrito en la pantalla del ordenador. Nada tenemos en contra de tan prodigiosos avances; muy al contrario somos fervientes partidarios de ellos, pero todo ello sin menoscabo de lo que constituye nuestra dimensión humana más profunda: el ser animales racionales, es decir, dialógicos, locuaces por antonomasia. O con otras palabras: irreductibles “ateneístas”.

## NOTAS

1. Duque de Rivas, Discurso inaugural del 6 de diciembre de 1835, Madrid, 1835; pág. 5.
2. Ibid., pág. 11.
3. Reglamento del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, 1984; art. 13.
4. José Gaos, Pensamiento de Lengua española, Stylo, México, 1947; pág. 89.
5. Ortega y Gasset, José, “Un libro sobre Platón”, en Obras Completas, Taurus / Revista de Occidente, Madrid, 2005; tomo IV, págs. 19-20.
6. Ibidem.
7. Ortega y Gasset, José, “Prólogo para alemanes”, en Obras Completas, Alianza Editorial/Revista de Occidente, Madrid, 1983; tomo VIII, pág. 18.
8. Díez del Corral, Luis, “Recuerdos de Ortega”, en Revista de Occidente, nº 24-25, Madrid, 1983; pág. 99.
9. Ibid., págs. 99-100.
10. Ibid., pág. 100.
11. José Gaos, Confesiones profesionales, Ediciones Trea, Gijón, 2001; págs. 50-51.
12. Duque de Rivas, cit., pág. 6.